



SIDRA DE LUJO

marca "El Miquelete"

CASCO En **1.50** INCLUIDO San Sebastián

en los establecimientos siguientes:

Goñi, Guetaria, 19; Arruebarrena, Peñafloreda, 12; Labaca, Fuenterrabia, 17; Casa Delbos, Legazpi, 6 y San Marcial, 40; Larra-

ñaga, Andía, 4; Alvarez, Príncipe, 23 y San Marcial, 35; G. Díaz, San Marcial, 46; Martín y Casla, Idiáquez, 2; D. Ramírez, Alameda, 1; Meléndez Hs., Urbieta, 30; Arrieta y Garagorri, Alameda, 5 y Urbieta 16 y 52; B. Labaca, San Marcial, 18; Bar España, Garibay, 4; Rioja Baja, San Martín, 10; D. Mococho, Legazpi, 5; González y Mococho, Príncipe, 31; Galo Oyón, Príncipe, 41; Correcher, San Marcial, 38; A. Alvaro, Avenida, 8.

LA SIDRA Y SUS PROPIEDADES HIGIÉNICAS

Se envía este interesante folleto gratis, á todo el que lo pida á BRUNET Y C^{ia}.—LASARTE (Guipúzcoa.)

HELLELO

preparado con agua potable purísima, del manantial que abastece las fuentes públicas del barrio de Lasarte

Puntos de venta

Calle de Andía, número 4, comestibles.—Calle San Martín, número 46.—Calle de Zubieta, número 11 Pescadería de la Brecha y de la calle de Urbieta

A los pueblos situados en las líneas de San Sebastián á Bilbao y de Málzaga á Zumárraga se remite de la fábrica

Diríjanse los pedidos á D. LUIS PALACIOS.—LASARTE

GRAN CASINO DE SAN SEBASTIAN

Dos conciertos diarios de 5 á 7 de la tarde, de 9 y media á 11 y media de la noche. Clásicos los martes. Artísticos, miércoles y viernes. Baile-cotillón, jueves y domingos. Baile de niños con tómbola, jueves y domingos. Restaurant de primer orden. Afternoon tea todos los días á la hora del concierto.

Folleto de "LA VOZ,"
8 de Julio de 1913 14

SIN MADRE

Novela inglesa original de

HUGO CONWAY

Versión española de

FRANCISCO CARLES

Valentín nos volvió la espalda, y se puso á examinar con mucha atención los cuadros colgados en las paredes, mientras que Chesham, sentado en un sillón, fruncía de una manera enérgica el entrecejo. Continúo Estmere manteniéndose á cierta distancia con el firme propósito, sin duda, de no dar cara á la vista. Los ojos azules acorados del capitán centelleaban con un fulgor extraño, al mismo tiempo que una sonrisa de infernal expresión contra sus labios.
—¿Qué es eso, señor Estmere, no me reconoces?—dijo con acento incisivo.

Volviose Valentín, respondiéndole:
—Sí, os conozco perfectamente.
—Entonces, ¿á qué viene vuestro mutismo?
—¿Acaso tenemos la costumbre de hablarnos?
—No, en verdad; mas como existen lazos de parentesco entre vuestra madre y yo, creo que no tengo el derecho de asombrarme en vista de vuestro comportamiento.
—Oa ruego que no mezcléis para nada en vuestra conversación el nombre de lady Estmere. En cuanto al parentesco, no lo niego; pero prefiere olvidarlo.
Asmodeo se levantó y dando unos cuantos pasos, se acercó á Valentín, pronunciando al mismo tiempo con mucha calma las palabras siguientes:
—Tal vez, señor Estmere, existan entre vos y yo lazos de parentesco mucho más íntimos de los que muchos suponen, y que algunos no podrían negar.
Miróle Valentín con aire de profundo desprecio, y le contestó:
—No comprendo, capitán, lo que me queráis decir.
—Si algún día, yendo por el mundo, encontráis á sir Laurencio Estmere, y le llamáis «padre mío», es muy probable que os responda que no tiene ningún derecho á semejante título, que el capitán Chesham es el único que puede reivindicar.
—Habéis mentido—respondió Valentín, sin levantar lo más mínimo la voz; pero asestando un golpe tan violento á Chesham, que éste se tambaleó y cayó, haciéndose una herida en la cabeza al chocar contra la esquina de una mesa llena de porcelanas antiguas, de las que se rom-

piéron algunas por valor de veinte ó veintidós libras.
—Levantad á ese hombre—me dijo Valentín.
Esto fué lo que hizo, y después de ayudarlo á sentarse, le entregó su bastón. El estado de Chesham no tenía nada de grave, y á los pocos minutos recobró el sentido. Su primer movimiento fué el de llevarse la mano al pecho para asegurarse de que el sobre con los billetes de banco se hallaba aún allí. Hecho esto, cogió el sombrero y se preparó para marcharse.
—Siento mucho, capitán, que este percance os haya ocurrido en mi casa—le dijo.
No me respondió ni una palabra, y al llegar á la puerta, volvióse, y encarándose con Valentín, le dijo:
—Hace diez años os hubiera matado como á un perro; pero hoy tengo otros medios de vengarme, y á ellos apelaré; muy pronto lo veréis.
—¿Canalla! ¡Miserable!—dijo Valentín, mientras que el capitán bajaba la escalera.
—¡Ah! ¡Canalla! ¡Infame! Si adivinastis la alusión que hizo, debéis comprender, querido Felipe, conociendo á mi madre como la conocéis, cuán odiosa é infame es esa calumnia. ¡Ma madre insultada de ese modo, cuando es la más virtuosa, santa y también la más orgullosa de las mujeres para faltar á su deber!
Como era natural, debía participar de su opinión por más que no estuviese enterado de ningún antecedente de la familia. Las palabras injuriosas de Chesham no hicieron comprender que lady Estmere no era viuda.

Muy pronto recobró Valentín su buen humor, pues su fe inquebrantable en la vida de su madre era más grande que nada, ó tal vez porque, como pasaba á otros muchos, había aprendido á ocultar sus sentimientos bajo la máscara de la indiferencia. Ayudóme á recoger las porcelanas rotas, y luego nos pusimos á charlar.
—¿Se puede saber, Valentín, por qué razón habéis regresado á Londres?
—Por culpa vuestra, pardiés! ¿Qué es lo que os preocupa, amigo mío? En vuestro estado observo algo anormal que me llama la atención.
Me decidí por contestarle, á contarle mis tribulaciones en el whist.
—¿Y eso bestia se embolsó vuestro dinero? Eso es atroz; pero, ¿de qué manera hicisteis eso?
—¿Hacer el qué?—contesté para ganar tiempo.
—¿Jugar! Es una cosa indigna de vos y de todo hombre que se respete. Soy, bajo muchos conceptos, un loco, un alarido; pero aun así y todo, me inspira verdadero horror el juego.
—No decidid no volver á jugar.
—¡Bah! Siempre se dice lo mismo. Desde hace unas cuantas semanas estáis des-

conocido. ¿Por qué demonios se os ocurrió la idea de jugar? ¡Vamos, hablad y desem- buchad de una vez!
—Tenía necesidad de excitarme, de distraerme!
—Cualquiera que os viese, diría que el remedio fué peor que la enfermedad. Os halláis en un estado lamentable, y esa es la causa de que evitéis mi presencia. Con- vengo en que la estancia en Bournemouth es muy monótona, mas de todos modos, la permanencia allí no os hubiera costado tan cara como en Londres ¡peste!
—¿Cómo siguien en vuestra casa?
—Muy bien, excepción hecha de Claudia, que está de un humor inaguantable. Desde que nos vemos por la mañana hasta que nos separamos por la noche, no hace más que tratarme con áspera descortésia. De tal manera, que si esta continúa así, podría desahacerse lo pactado.
—¿Me sorprende muchísimo oír de vuestra boca un lenguaje parecido, tratándose de la señorita Neville—dije.
—Y sin embargo, nos encontramos perfectamente, y ambos sabemos lo que hacemos. He prometido que mañana ireis conmigo; arregladlo en consecuencia.
—No, ni pienso ir á Bournemouth.
—¿Y por qué no? ¿Pensáis aún en tentar el desquite?—me preguntó Valentín.
—Os dije antes que he decidido no volver á jugar más ¡tanto Dios! ¡Jugar con ese miserables!
—¡Vamos, Felipe, sed franco! Decidme la verdad, tengo grande empeño en conocerla.
—Si no adivináis lo que yo puedo decir, Valentín, repetid con Schiller, los dioses protegen á los pobres de espíritu.

—No soy un pobre de espíritu, ni vos un dios, Felipe; ¡hablad!—añadió Valentín.
—Existe un amigo al que profeso verdadero cariño—respondí—y una mujer á la que adoro. El amigo sois vos, la mujer Claudia.
Creí que mis palabras iban á producir una avalancha de reproches, pero no ocurrió nada de esto.
—Eso mismo fué lo que me figuré adivinar—me dijo Valentín.—Ea vano quise que Claudia me dijese la verdad, y cansado vengo á que vos me la digáis.
—Pues bien, ahora yo lo sabéis todo.
—Supongo que estáis locamente enamorado, que su imagen os persigue sin cesar, y que soñáis noche y día con ella, despierto ó dormido.
—Es cierto—murmuré.
—Todo esto es muy extraño—replicó Valentín poniéndose meditabundo.—Figurad que hasta ahora mi corazón permaneció insensible como una piedra, hasta tratándose de Claudia. Una sola vez experimenté los síntomas del amor; pero aquella impresión fué tan fugitiva, que sólo hablo de ella como por recuerdo.
—¡e arrancasteis mi secreto, señor Estmere—exclamé rebelándome—y me clocas muchísimo la manera como hablabis de vuestra prometida!
—¡Loo!—respondíme con acento jovial apoyando amablemente la mano en mi hombro.—Para tranquilizaros, habéis de saber que hace seis meses, es decir, antes de que Claudia os conociese, habíamosenvenido devolvernos nuestra palabra en el caso en que las circunstancias lo exigiesen. Nos faltó á ella y á mí el valor para hacerlo, ó sea para manifestar á